



Cada generación inscribe, en la Historia, su propia mitología. Esta mitología representa, como lo ha señalado Roland Barthes, un acuerdo con el mundo, no tal como éste es, sino, más bien, tal como éste quisiera "hacerse". Este hecho, que es muchísimo más radical de lo que pudiera suponerse, se presenta, en todos los órdenes de la existencia, particularmente en aquellos que, de un modo u otro, dependen de la jurisdicción de la fantasía, este poder insólito mediante el cual el hombre no sólo se inventa a sí mismo, sino que, al hacerlo, reinventa a la totalidad del mundo.

Tomenos un caso bastante elocuente.

Hacia los años 1950-1955 se produjo, más o menos en todo el mundo, una variación en la pantalla cinematográfica. Una nueva "constelación" estelar —François Arnaud, Elisabeth Taylor, Audrey Hepburn, Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Sophia Loren, Annie Girardot— se impuso en los escenarios. Esta imposición fue posible, sin embargo, porque la nueva "constelación" representaba las terribles contradicciones e incertidumbres de una nueva generación histórica. Toda la mitología de esta generación puede, en verdad, ser descrita partiendo de esas figuras: esas estelares, como, aunque de manera insidiosa, lo ha mostrado Edgar Morin en el caso trágico de James Dean (1).

Lo mismo vale para la literatura.

Hacia 1950, en uno de los ensayos reunidos en *Le Grand Espagnol*, mi malogrado amigo Roger Nimier, redescubriendo a la generación de Giono, Céline, Drieu, Aragon, Malraux, señalaba, por viscosidad, la posibilidad de que estos parcos de 1925 pudieran convertirse en seres mitológicos para nuestra generación. La suerte corrida por Drieu la Rochelle, como se ha demostrado en otro lugar, le ha dado suficientemente la razón. El mismo fenómeno puede registrarse en la reactualización, iniciada en 1951 en los Estados Unidos, de Scott Fitzgerald.

No es ni puede ser, en modo alguno, un autor que Louis Malle, uno de los principales pioneros de la nouvelle vague cinematográfica, lograra su mejor film llevando al ekran *Le Fes follet*, de Drieu la Rochelle, e introdujera, en la escena final, en la que el protagonista va a suicidarse, la batalla de *The Great Gatsby*, de Fitzgerald. Todo esto en medio de un clima moral casi aséptico de Erik Satie, suero, como es sabido, en 1923.

Es con este largo, pero fragmentario, preámbulo que intento abordar, en lo que sigue, el último libro de Braulio Arenas. Esta obra (2) plantea una serie de problemas que, de ninguna manera, pueden ser esquivados ni re-

BRAULIO ARENAS 1929

por MARTIN CERDA

... leyendo las páginas de un libro como éste, sobreviven ante el recuerdo de aquellos encantados y alborotados días en que la radio era una emocionante novedad, y las muchachas llevaban el cabello corto y las faldas hasta la rodilla (...). Y quizás olvidarán las esperanzas frustradas, la dolorosa destitución de la era empujadora...

FREDERICK LEWIS ALLEN (1931)

matados a lo novillero desde una supuesta actualidad cuando previamente se desconoce qué pueda ser aquello que, en verdad, actúa en dicha actualidad. Crítico es siempre, queriendo o no, perspicaz.

SANTIAGO 1929

Publicando esta versión definitiva de *Adiós a la familia*, editada hace cinco años en la "nouvelle" de igual título, Braulio Arenas ha trazado una fina crónica del año 1929. Una crónica, en último término, de las "grandes familias" santiaguinas que, ese año, como todo el mundo, habían de ver sus vidas y sus seguridades e ilusiones en la prosperidad de la década del veinte. Este hecho, que marcó, como se sabe, un cambio radical en la literatura norteamericana, Arenas lo restablece como hilo conductor de estos adolescentes que, asediados por la muerte, debían afrontar, desde Santiago de Chile, el hundimiento de un mundo.

"No presentaba la ciudad —dice el autor—, por esos días, el aspecto cosmopolita con que ahora comienza a adornarse. Estaba más concentrada en sí misma, con puntos precisos de referencia —la Pila del Gamso, el Puente de las Pirámides— y recién entonces comenzaba a aparecer, en sus esquinas, los rascacielos, inauguraba hoteles internacionales, trataba su barrio cívico y encendía los primeros aviones luminosos sobre ciénagas y teatros (...). La Casa Eyzaguirre exhibía pintura española de los maestros Alvarez Sotomayor, López Merquiza, Moreno Carbonero y Romero de Torres. Se controlaba, reloj en mano, la duración de los agudos de las cantantes de ópera en el Teatro Municipal. El acorazado *Almirante Latorre* pasaba por el horizonte vigilando como un padre de familia nuestras costas..."

En esta atmósfera, salpicada por las piernas de las hermanas Arancena, la chistera del cómico mexicanero Matro, los nocturnos pasados en "El Trocadero" o en "El Chat Noir", se entrecruzaban, tal vez inconscientemente, los aires de la herencia cosmopolita, aun viva en las familias chilenas de 1923, con las ambiciones e ilusiones mundanas que, venidas desde París, Londres o New York, parecían confirmar el ensueño chileno de ser el "más europeo de todos los países de América". Ensayos que, aun en nuestros días, podemos perseguir en no pocas actitudes nacionales.

Sin embargo, al fondo de esta vida de coctails, de pastelillos en el Tea Room de Gath & Chaves o en El Lucerna, de pinturería española de majas, toreros y virreyes, de soldados que parecían recién llegados de la guerra franco-prusiana..., silenciosa e implacable, se presentaba la dictadura. Esa dictadura que, según el autor de *Adiós a la familia*, solían esquivar los mayores en sus conversaciones porque "podía



BRAULIO ARENAS

tornar peligrosa cualquiera las que se arroja sobre ella".

Esta sumaria alusión, reiterada dos o tres veces en la obra, está señalando, una vez más, la necesidad de relacionar la década del veinte con la del cincuenta. En 1929, para la sorpresa de los siempre despiadados, el veterano militar que había ejercido la dictadura fue llevado, por segunda vez, a La Moneda por una abrumadora decisión popular. ¿Qué secreto designio se escondía en esta decisión? ¿Qué íntimo suceso podría existir entre el destino del "hombre fuerte" de 1929 con el horizonte de expectativas e ilusiones de la nueva generación de chilenos que se hizo presente en 1957?

Este punto, desde luego, no está trazado en *Adiós a la familia*, pero, sin embargo, pareciera que el autor ha dejado al lector la tarea de dar esta puntada "prohibida".

MITOLOGÍA

Nacido en 1913, el protagonista de *Adiós a la familia* vivirá, durante su corta existencia, la mitología de la década del veinte. El descubrimiento del cine, del avión —decían entonces, advertía el autor, al serolepato—, de la radio, del tango, del surrealismo, de la Fiesta de Occidente..., se entrelaza al placer de los sports, al billar o a los simples paseos tradicionales por

la Plaza Brasil o el Parque Forestal.

Los nombres se amudan, misteriosos e incitantes, constituyendo una totalidad: Ortega, Bretón, Dos Passos, la Nouvelle Revue Française, Frost, Nick Carter, Bebe Daniels, Greta Garbo, Ramón Navarro, Charles Rogers, Erich von Stroheim, Lon Chaney, Josephine Baker, Tórtola Valencia, Lindbergh, Gardel, Azucena Maizani. Todo un mundo que el protagonista de *Adiós a la familia*, condenado a morir tempranamente, irá, devorando con la desesperación de los señalados por la muerte.

El tango ocupa un sitio preferencial en este detalle vivido de la mitología de la década del veinte. "En 1929, ya los tangos habían conseguido una amplia audiencia en los salones chilenos, y no era de mal tono que cruzaran el ambiente de aquellos hogares los ecos doloridos de su música, arrastrando un cortejo de palabras estrambóticas como esjefo, mizur, popusas y mandas..." Sin embargo, añade el autor, "ninguna pareja se hubiese atrevido nunca, a bailar en un hogar de cierta jerarquía".

Es con todos estos elementos mitológicos que el protagonista logra sostenerse en la corriente de esa vida que, noche a noche, amenaza con escaparse para siempre. Un tango, un film, una lectura, una partida de billar..., en un mundo que, pronto, habrá de entremecerse fatalmente.

Pero la jurisdicción del elemento cósmico —de todo un sistema de tica verbal—, la omnipresencia obsesiva de la muerte, lo jureal disparándose desde una litología colgada en un billar o desde una pesadilla, sosteniéndose o sustituyéndose, parecieran estar señalando que detrás de toda esta mitología de la década del veinte se extendiese una zona virada de fatídicas alusiones.

"Nuestra trágica crónica está tocando —dice el autor— la amarga vecindad de la muerte. La vida había atado con sutiles hilos a este grupo de adolescentes, y ellos sabían que muy pronto la delgada alfilería se rompería..."

EPILOGO

Braulio Arenas trabajó, según consta en la advertencia del editor, durante treinta años en la redacción de *Adiós a la familia*. Esta obra plantea, como va dicho, una serie de problemas que sería preci-

so analizar en detalle. Uno de estos problemas posibles es el de la ambigüedad temporal del relato. Esta ambigüedad me parece, desde luego, más "buscada" que sufrida.

El autor de *Adiós a la familia*, en efecto, ha hecho lo contrario de muchos actuales novelistas que, pretendiendo hacer una novela experimental, terminan siempre encorsetados por los moldes clásicos. Arenas dispuso su relato de acuerdo al plano novelístico tradicional, para hacer, a la postre, una novela experimental. Es lógico —al menos, comprensible— que, en esta situación, no fallen los despiadados ni tampoco los despiadables.

El restablecimiento de la mitología de la década del veinte, tal como ésta fue vivida por un grupo de adolescentes de las "grandes familias" santiaguinas hacia 1929, desde un ambiente espido por la muerte, se reinventa a su vez, en nuestra situación. La suerte trágica del protagonista, prevista por el autor desde la tercera o cuarta página, se reinventa en la selección vital de naufragio que caracteriza al lector nacido, justamente, en torno a la fecha que Arenas ha escogido para hacer naufragar a sus criaturas.

"Eran los paganos —dice el autor— de la década del veinte, y se consideraban los herederos de la guerra mundial con las ciudades bombardeadas, con las familias aterrorizadas por un furioso viento de la sífilis, el suicidio, la peste y el hambre. Querían vivir su minuto (...), mirando directamente a una vida que desvanecía..."

Hacia 1950, otra nueva generación de escritores se esforzaba, más o menos en todo el mundo, por salir del efímero lo implacable del milenio. Le hará contando historias aparentemente ligeras, como *Les exécutés* tristes, de Nimier pero escritas en un mundo que, lleno de un Dios en quien confiar, no tiene otro expediente que medirse con su propia nada.

La visión despiadada de millares de hombres reducidos a su nudidad, la pesadilla de los campos de exterminio, la revolución "deshecha" es purga automática, las ciudades desventradas..., formaron una nueva mitología planetaria. Pero, no obstante esta nueva mitología, los hombres querían vivir, como el protagonista de *Adiós a la familia* su minuto. Fue entonces cuando los personajes de 1923 —Drieu Céline, Malraux, Scott Fitzgerald—, esos grandes desencantados, retornaron convertidos en otros mitológicos, es mo, años después, retornaron el tango, el charleston, las falda cortas o el divismo.

(1) Cfr. Edgar Morin, *Los años del siglo*, de Seuil, París 1967, pp. 118-121.

(2) *Adiós a la familia*. Edición de la editorial, Santiago 1968.

Braulio Arenas 1929. [artículo] Martín Cerda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cerda, Martín, 1930-1991

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Braulio Arenas 1929. [artículo] Martín Cerda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile